

Zambrano, María; Ferrater Mora, José: *Epistolario, 1944-1977*. Edición de Miquel Osset Hernández. Sevilla, Renacimiento, 2022. 187 pp. ISBN: 978-84-19231-86-4.

Manuel Carbajosa Aguilera¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.35.2023.36537>

Con introducción de Miquel Osset Hernández (pp. 7-54), la editorial sevillana Renacimiento publica este *Epistolario (1944-1977)* entre María Zambrano y José Ferrater Mora a partir de las cartas conservadas en la Fundación María Zambrano, de Vélez-Málaga, y en la Biblioteca de la Universidad de Gerona.

El libro comienza con una carta de María Zambrano desde La Habana, de 18 de septiembre de 1944, felicitando a Ferrater por el ensayo *Unamuno*: «El Cristianismo trágico de Don Miguel es una sima sin fondo, y a mi entender, es la médula de la historia religiosa de Europa» (p. 58).

El 3 de junio de 1945, María alude a «toda la impotencia que se esconde bajo esos ‘cánones’ de la medida fingida. Fingida, pues la creación –grande o minúscula– es siempre un exceso, un desbordamiento como ya dejó establecido nuestro Padre Plotino» (pp. 61-62).

Desde Santiago de Chile, el 7 de noviembre de 1945, Ferrater escribe: «yo también he pensado mucho en que hay un cierto tipo de existir –que usted ejemplifica en la mujer– y que consiste en no participar de la historia [...] una forma de vivir ‘según el alma’, que se encontraría sobre todo en Oriente, en la mujer occidental y, desde luego, en España»; y otra forma de vivir ‘según la conciencia’, que, pretendiendo dar sentido a la historia, aniquila el sentido a la vida (p. 65).

María, desde París el 4 de agosto de 1947, apunta: «vi claramente lo que es M. Sartre: un panfletario de la Filosofía» (p. 70); también informa que visitó a Picasso y que habían traducido *Filosofía y poesía*. Desde Nueva York, el 6 de abril de 1948, Ferrater escribe: «la filosofía no es, como cree el existencialismo, una ocupación constitutiva del hombre, sino una forma histórica, como todo lo humano» (p. 74). Intuitiva, desde Roma el 24 de octubre de 1949, María Zambrano señala: «desde que pisé esta tierra, es decir, desde que entré en el Mediterráneo empecé a oscilar furiosamente como una aguja imantada por algún polo demasiado intenso y cercano», anotando cómo todo es «de una belleza exasperante; y es curioso que lo único que me produce serenidad, que me hace aceptar mi suerte llenándome el corazón de calma es lo griego. Y lo había probado en el Louvre, pero aquí al lado de lo romano, lo cristiano y lo europeo, se hace más ostensible y evidente. Cualquier huella de Grecia –de la madre– me hace sonreír apaciguada» (p. 78).

1. Universidad Pablo de Olavide. C. e.: manuelcarbajosa@hotmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7973-4506>

María necesita la serenidad de lo griego, a sabiendas de la latencia, trascendente y trágica, de lo connatural religioso.

Ferrater, desde Bryn Mawr, escribe el 22 de diciembre de 1949: «topamos con la psicología, cosa que hay que evitar a toda costa. El hombre se ha convertido en un 'ser psicológico': ¿hay algo más azorante?» (p. 81). Le indica a María que la vida sin definición del cristianismo es probable que la encuentre en Florencia y Roma. Ella lo corrobora desde Capri, el 2 de marzo de 1950: «ando en Italia muy confundida [...]; todo me es familiar y distinto» (p. 85). Ante Italia dice: «estas gentes y todo esto es pagano [...]. Mientras que nuestra España ha sido el núcleo de la Tragedia y por ello cristiana [...] porque sabe arrojar a la Tragedia sin cálculo, porque ofrece su vida y su alma en un gesto total, más allá incluso de toda esperanza, en un gesto que trasciende toda esperanza, que es lo propio del Cristianismo esencial». Confiesa: «yo le diría que mi alma es tan italiana como española o más, porque soy andaluza». Esto nos permite reflexionar cómo ante el desbordamiento vital y sensitivo que ofrece el espectáculo de la naturaleza, el andaluz según María Zambrano, desde la conciencia honda de ese magma trascendente (por el gozo privilegiado) y a la vez trágico (por la condena del transcurrir del tiempo), tiende intelectualmente hacia una sublimación de la elegancia para hacer del ideal de la Belleza camino de virtud y Verdad, permitiéndole quebrar la cadena de la caducidad religando la idealizante hondura atávica y la kierkegardiana comunión de la eternidad y el instante. Todo ello sin necesidad de sacrificar lo sagrado y lo poético, como impuso Platón (vid. *Filosofía y poesía*); al contrario: en familiar convivencia con lo religioso –«andan vivientes»– a través de la razón poética. María Zambrano ve sin embargo cómo en Italia «falta la presencia y la voz de ese Dios único que pide sacrificio, no sacrificios. Y ese, a ese yo lo he visto y sentido en España» (p. 86).

Desde La Habana, el 25 de julio de 1951, María alude a la entrega de unos ensayos en Gallimard (avalados por Albert Camus), para alegría de Ferrater (19 de agosto). El 17 de enero de 1952, María le comenta su encuentro en La Habana con Luis Cernuda (p. 103). Ferrater le comunica el 10 de agosto que por primera vez en catorce años ha estado en España: «sigue siendo el país que no hace caso de las sirenas diversas que le dicen que se ha "desviado"» (p. 107). «Tengo la sospecha de que hasta los más insensatos (y en España hay muchos) tienen conciencia clara de ese drama» (p. 108). María le contesta el 7 de octubre: «¡Cuánta melancolía!, ¿verdad?, más que en ninguna otra parte, pues en ninguna otra parte puede haber una llamada tan intensa, tan profunda a la existencia» (p. 111). «Lo peor para nosotros es eso, creo: el haber perdido la naturalidad, el que se nos haya (hecho) problema no España, sino nuestra vida en ella, pues problema siempre lo fue» (p. 112). En doliente confesión de transterrada, escribe: «Yo no tengo alma para entrar sola» (p. 113). Apunta, además, que la lectura de las *Memorias* de Santayana le ha recordado precisamente a Ferrater (p. 114).

El 18 de enero de 1953 Ferrater se queja de los obstáculos para publicar (p. 117). María le escribe desde Roma el 2 de marzo de 1954: «Qué infierno, más bien, aún

en este país tan paradisíaco» y comenta: «su libro [*El hombre en la encrucijada*] me pareció un itinerario muy bien trazado de las diversas crisis de nuestro Occidente infernal» (p. 122). Estremecedora y bellísima la expresión: «Todo se me enlabyrinth» (p. 123), mientras espera la publicación en Fondo de Cultura de *El Hombre y lo Divino* –«es un libro que quiero mucho» (p. 124)–.

En la carta de 13 de mayo de 1954, María Zambrano confiesa desde Roma que al abordar el conflicto de la Razón Vital su grano de religión le hace sobrepasarlo todo, hasta el punto en el que confiesa: «cuando me doy cuenta ya estoy lejos, demasiado lejos tal vez para hacer Filosofía» y se tiene que volver, constituyendo una y otra vez su conflicto (p. 126). Afirma: «la literatura no me acaba de servir, pues no puedo renunciar al horizonte que sólo la Filosofía descubre. Sólo Cervantes ha descubierto un horizonte», reconociendo la necesidad de «una unidad tal de poesía y filosofía como nunca la he visto» (p. 127).

El 19 de septiembre de 1955 Ferrater escribe que hay libros que, aun publicados, no se terminan en el alma: «el autor ‘recoge’ resonancias que están muy en el fondo de la existencia humana, en forma de mitos, religiones, filosofías, ritos cuyo sentido se ha perdido y que el autor justamente recobra» (p. 133). Indica que en María hay mucho de esto: en la latencia de «la última aparición de lo sagrado» y en «la huella del paraíso» (p. 134). El 5 de diciembre de 1955 María anuncia a Ferrater la muerte de Ortega: «la muerte nos revela» (p. 140).

María Zambrano comunica el 26 de enero de 1960 las estrecheces de la vida en Roma y se refiere con esperanzas a ediciones Taurus. El 4 de octubre de 1962 analiza *El Ser y la Muerte* de Ferrater, con anotaciones valiosas. El 28 de octubre de 1962 Ferrater le recuerda que insista por el camino de la «religión poética» de Unamuno, tema en el que ya coincidieron en Cuba (p. 174). El 9 de abril de 1966, en relación a *España, sueño y verdad*, Ferrater escribe: «su libro es un sueño lúcido [...] de una España lúcida y soñada» (p. 179).

Se cierra con la carta de María, desde La Pièce, el 24 de febrero de 1967, en la que informa de su encuentro con Aquilino Duque –que coincidirá con Ferrater en Bryn Mawr– (p. 181), y de su impresión del libro de Abellán sobre la Filosofía española en el destierro: «es uno de los libros más dramáticos que leer se pueda hoy día» (p. 182).

En definitiva, este epistolario de exilio nos refleja las preocupaciones, los anhelos, las incertidumbres, los desvelos, las esperanzas y las reflexiones de estos dos referentes fundamentales de la Filosofía española del siglo XX.

